

Editorial

Volver a mirar: el diseño ante sus propios límites.

Este número explora cómo el diseño contemporáneo deja de centrarse en la forma para entenderse como una práctica que interviene sistemas sociales, urbanos, tecnológicos y ecológicos.

Diseñar ya no es lo que era.

O, mejor dicho, ya no puede serlo.

Durante mucho tiempo, el diseño operó bajo la promesa de resolver: dar forma, ordenar, optimizar. Hoy, esa promesa se vuelve insuficiente frente a contextos cada vez más complejos, donde los problemas no son aislados, sino parte de sistemas interconectados que desbordan cualquier disciplina.

Las ciudades se transforman más rápido de lo que alcanzamos a comprenderlas. Los objetos que producimos persisten más tiempo del que estamos dispuestos a asumir. Las formas de habitar cambian al ritmo de nuevas dinámicas sociales, tecnológicas y culturales. Y las herramientas que utilizamos para analizar, representar e incluso nombrar el mundo generan, al mismo tiempo, nuevas maneras de interpretarlo e intervenirlo.

En este escenario, el diseño ocupa una posición incómoda pero necesaria: ya no basta con proponer soluciones; es indispensable cuestionar los marcos desde los que esas soluciones se piensan.

Porque diseñar hoy no implica únicamente proyectar objetos o espacios.

Implica intervenir en sistemas vivos donde convergen territorio, lenguaje, tecnología, economía, cultura y formas de vida.

Esto exige desplazar la mirada: de la forma al contexto, del objeto al sistema, del autor al uso, de la solución a la pregunta.

Las tecnologías emergentes, los enfoques sostenibles y las metodologías de análisis no son, por sí mismos, respuestas. Son instrumentos. Y, como tales, dependen menos de su novedad que de la calidad de las preguntas que les damos forma. El problema no es la falta de herramientas, sino la manera en que decidimos utilizarlas, interpretarlas y ponerlas en relación con aquello que buscamos transformar.

Este número reúne distintas aproximaciones que, desde escalas y perspectivas diversas del objeto al territorio, del espacio vivido al lenguaje, de la práctica profesional a la inteligencia artificial, comparten una inquietud común: entender que diseñar hoy implica habitar, interpretar y transformar sistemas complejos.

En muchos casos, lo más relevante no ocurre en el momento de proyectar, sino en el uso, en la apropiación, en la experiencia cotidiana, en aquello que escapa a toda planificación. En otros, se evidencia que incluso las decisiones más pequeñas —materiales, técnicas, lingüísticas o tecnológicas participan en estructuras más amplias que configuran la manera en que vivimos y comprendemos el mundo.

Por ello, el diseño ya no puede pensarse como una práctica aislada ni exclusivamente humana. Intervenir el entorno implica también incidir en equilibrios ecológicos, dinámicas sociales, sistemas productivos, procesos simbólicos y formas de vida que coexisten y se transforman constantemente.

Este número no busca ofrecer certezas, sino abrir tensiones. No pretende cerrar discusiones, sino hacer visibles algunas de las preguntas que hoy atraviesan al diseño: ¿cómo habitamos?, ¿cómo producimos?, ¿cómo interpretamos el entorno?, ¿qué significa intervenir en él?

Más que respuestas, esta edición propone algo más urgente: volver a mirar el diseño no como una disciplina que controla, sino como una práctica que aprende a convivir con la complejidad de lo vivo.